

Andrajos.

Un amigo ahogado late paso a paso.

Trasvase de fuerzas inútiles que pugnan.

Restos caídos del olivo.

** En memoria de Hanine Abou Sitta*

Habría yo renunciado a cuerpo y alma. Fuera yo lo que vives
para vivir tú.

Similitud tú portas de lo recuperado y perdido.

No me sientas con culpa de animal verdadero.

No golpees con lágrimas sobre mis hombros desnudos.

Cada segundo se pone y sale el sol. Cada minuto te mata una bala.

Erráticamente el sol se presta a salir

y se apresta a caer.

Este insólito viaje
recupera los pasos del tigre.

Abismo: duelo al sol.

Días que pertenecen a ti
y a mí.

Me fui quedando solo.

Antes de nacer yo ya era un ahogado,

el niño que se suicida en la placenta.

Nos dejaremos arrebatar este presente de acero
y palomas salvajes:
Las amamos sin vida, caídas del cielo en agonía.

Raras son las veces:

rosas en tu ventana, distancias inefables, borrón de tinta china...

el bucólico amanecer sin duda.

Pudieras tú soñar
el pájaro y la prisión.

Siglo:

abrazo, ventisca, animal bicolor
con taquicardia.

Dios precipitó montañas y toda especie.

Todo río fue navegable.

No tuvo tiempo para más, la maquinaria devoró sus estrategias.

Mi caballo no posee alas,
no contiene una memoria de años pasados.
Mi caballo es sombrío, natural y sabio;
perfectamente puro.

Hemos sido emboscados.

Un presidente se lava las manos
en una pila de sangre.

El imbécil puso una vela y se apoderó de mí.

Ambos éramos creyentes de la misma luz.

Ahora caminamos indistintamente.

Dios predicó: Yo soy la montaña.

Horror de verse atrapado
entre brigadas de *minutos* del sueño.

Hace calor.

El día ha nacido bochornoso. Yo escribo la palabra ahogado,
sin saber si mis pulmones están
llenos de agua, aun incluso antes
de haber iniciado
el ritual del suicidio.

Se desdicha el ojo
cargado de ópalo,
el péndulo membranoso que nos une:
religión del día y la noche.

Existe un alto, donde tú y yo divisamos

el espejo de esta vida.

Es un cristal antiguo

con una imagen soslayable.

Lo dividimos en infinitos fragmentos,

nos sangramos las muñecas en él.

Sopla Dios,
con loco frenesí,
astros y poliedros en el mareante universo.

Sustraído el fruto,
muerta la estación,
el árbol queda desnudo.

La memoria no es lúcida.

Dios no equivocaba su
lucidez, bailable,
su música nos recibió elevados al alba.
A pedazos fuimos
algo de aquello en que creímos,
días atrás cuando éramos autómatas
del elevado sol.
Lo amado y lo vivido pertenecen
a cosas sin importancia. Vivir
podría ser retroceder.

Él se sonó ruidosamente la nariz.

Ella abrió la caja registradora.

Oro, monedas, capicúas del tiempo.

La Televisión funcionando,

jadeos, tedio; rocinante de las arenas.

Furiosa flor que
de ardor guerrero
vive.

Siega la sombra el segador